

LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE SENTIDO SOBRE LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE SENTIDO:

*una propuesta de re-conocimiento para
el campo de estudios de la comunicación*

Raúl Fuentes Navarro

[...] objetos móviles, nómadas, de contornos difusos, imposibles de encerrar en las mallas de un saber positivo y rigidamente parcelado. Hacia allá apunta el desafío: en las transformaciones de la sensibilidad que emergen en la experiencia comunicacional, hay un fermento de cambios en el saber mismo, el reconocimiento de que por allí pasan cuestiones que atraviesan por entero el desordenamiento de la vida urbana, el desajuste entre comportamientos y creencias, la confusión entre realidad y simulacro.

(Martín-Barbero, 2001: 15-16).

Introducción

La última década del siglo XX, enfática y repetidamente caracterizada en muy diversos ámbitos discursivos por la recomposición de casi todas las estructuras económicas, políticas y culturales del mundo contemporáneo, y por un insidioso espíritu de cambio de época, de transición histórica, instaló en muchos círculos intelectuales la urgencia ineludible del cuestionamiento de gran parte de las premisas sobre las que se han fundado el trabajo académico y las articulaciones de la producción y la circulación social del conocimiento científico con la toma de decisiones y la distribución del poder en y entre las sociedades. Bajo la imprecisa pero sugerente noción de globalización, se ha congregado un enorme conjunto de debates, cada vez más implicados entre sí, y las certezas disminu-

yen, tanto en número como en distinción y alcance práctico. Una conclusión parece imponerse: la relativa estabilidad de los esquemas de pensamiento con respecto al mundo está lejos de restablecerse, suponiendo que se reconozca algún momento de equilibrio en el pasado reciente.¹

A propósito del movimiento orientado a repensar las ciencias sociales, el investigador brasileño Renato Ortiz ha advertido, con razón,

que deben evitarse dos actitudes: [...] una de ellas, la más conservadora, consiste en tomar a los clásicos como fundadores de un saber acabado, lo que nos conduciría por necesidad a una mineralización del pensamiento. [...] La actitud inversa la representaría el creer que todo ha cambiado, que los tiempos actuales, flexibles, demandarían una ciencia social radicalmente distinta e incompatible con lo que hasta entonces se ha practicado (1999: 20-21).

En ese sentido, Ortiz se suma a las posturas críticas que abogan por una visión histórica amplia y una consideración renovada de los procesos de institucionalización, profesionalización y legitimación de las ciencias sociales, a partir de las cuales habría que emprender su reestructuración.

En el núcleo de estos debates se ubica la cuestión de la disciplinarietà, es decir, de la especialización del trabajo de investigación y de enseñanza y de la erección consecuente de fronteras entre especialidades que, institucionalizadas, estructuran el desarrollo científico. Hace ya algunas décadas que la sociología de las ciencias adoptó como postulado central esta consideración:

Las instituciones son procesos sociales que han alcanzado un grado considerable de permanencia y de legitimidad percibida. La ciencia se institucionaliza en las universidades en la forma de actividades de enseñanza

1. La Comisión Gulbenkian (Wallerstein *et al*, 1996) ubica el origen de las transformaciones históricas requeridas en la actualidad para "abrir las ciencias sociales" en 1945, conforme a la reestructuración del sistema-mundo resultante de la segunda guerra mundial.

e investigación. La estructura organizacional del sistema universitario adquiere su propio peso y dinámica, por ejemplo, mediante la separación entre disciplinas por motivos intelectuales, mediante la formalización de procedimientos para el reclutamiento o la asignación de recursos, mediante su dependencia de autoridades estatales o patronatos privados, entre otros aspectos. En consecuencia, aunque la estructura del mundo académico puede convertirse en un obstáculo para la innovación científica, a veces es posible que los científicos usen la dinámica social del sistema universitario para obtener apoyo y aceptación para nuevas aventuras intelectuales (Lemaine *et al*, 1976: 17).

En años más recientes, la Comisión Gulbenkian para la Reestructuración de las Ciencias Sociales formuló como el dilema central de las ciencias sociales, “la superación de la actual estructura de la disciplina” (Wallerstein *et al*, 1996: 1-2) y por ello analizó históricamente los procesos de disciplinarización desde el siglo XVIII hasta la actualidad, argumentando que ese patrón de desarrollo resulta insostenible:

Hemos tratado de indicar de qué modo la trayectoria histórica de la institucionalización de las ciencias sociales condujo a algunas grandes exclusiones de la realidad. La discusión sobre esas exclusiones significa que el nivel de consenso acerca de las disciplinas tradicionales ha disminuido [...] Lo que parece necesario no es tanto un intento de transformar las fronteras organizativas como una ampliación de la organización de la actividad intelectual sin atención a las actuales fronteras disciplinarias [...] En suma, no creemos que existan monopolios de la sabiduría ni zonas de conocimiento reservadas a las personas con determinado título universitario (Wallerstein *et al*, 1996: 102-103 y 105-106).

Esta comisión incluyó a los estudios de la comunicación, las ciencias administrativas y las ciencias del comportamiento entre los campos interdisciplinarios

que, después de la segunda guerra mundial, manifestaron un “cuestionamiento interno considerable en torno a la coherencia de las disciplinas y la legitimidad de las premisas intelectuales que cada una de ellas había utilizado para defender su derecho a una existencia separada” (Wallerstein *et al*, 1996: 52), y a los estudios culturales como uno de los principales impulsores de la reestructuración tanto de las disciplinas tradicionales (la economía, la sociología y la ciencia política) como de la integración de los supercampos de las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades (Wallerstein *et al*, 1996: 70-75), en un nuevo patrón emergente, que puede llamarse “postdisciplinización”, es decir, un movimiento hacia la superación de los límites entre especialidades cerradas y jerarquizadas, y el establecimiento de un campo de discursos y prácticas sociales cuya legitimidad académica y social depende más de la profundidad, extensión, pertinencia y solidez de las explicaciones que produce, que del prestigio institucional acumulado por un gremio encerrado en sí mismo (Fuentes Navarro, 1996a). Al bosquejar esta reestructuración de las ciencias sociales, el Informe de la Comisión Gulbenkian centró su interés, autorreflexivo, en la praxis:

¿Cuáles son las implicaciones de los múltiples debates ocurridos desde 1945 dentro de las ciencias sociales para el tipo de ciencia social que debemos construir ahora?, e implicaciones para qué, exactamente? Las implicaciones intelectuales de esos debates no son del todo consonantes con la estructura organizacional de las ciencias sociales que heredamos. Así, al tiempo que empezamos a resolver los debates intelectuales, debemos decidir qué hacer en el nivel organizacional. Es posible que lo primero sea más fácil que lo segundo (Wallerstein *et al*, 1996: 76).

Y, no obstante la dificultad, la tarea de “abrir las ciencias sociales” en una escala mundial desde el espacio de los departamentos universitarios es prioritaria e implica la discusión tanto como la acción: “Nosotros no nos encontramos en un momento en que la estructura disciplinaria existente se haya derrumbado. Nos encontramos en un momento en que ha sido cuestionada y están tratando

do de surgir estructuras rivales. Creemos que la tarea más urgente es que haya una discusión completa de los problemas subyacentes” (Wallerstein *et al*, 1996: 105). Además, hay que impulsar las relaciones interinstitucionales, los programas integrados de investigación interdepartamental, la adscripción simultánea de los profesores y de los estudiantes de posgrado a dos departamentos y otros mecanismos que fomenten la autorganización, la clarificación intelectual y “la eventual reestructuración completa de las ciencias sociales” (Wallerstein *et al*, 1996, 111–114).

En México y en América Latina pueden identificarse algunas tendencias interpretables como movimientos hacia esa reestructuración postdisciplinaria de las ciencias sociales que, con el tiempo, el apoyo y el consenso suficientes para fortalecerse y extenderse, podrían llegar a bosquejar una situación más promisorias que la actual. Uno de los signos del movimiento en tal sentido lo representa, precisamente, la proliferación de análisis y diagnósticos de las disciplinas dentro de las cuales se han generado proyectos y hasta programas completos de investigación que rompen sus fronteras tradicionales, tanto por el lado de los objetos como por el de los métodos, reforzando la especialización y la fragmentación, y al mismo tiempo, socavando la identidad profesional de las disciplinas.

A su vez, la necesidad de responder a los desafíos de cambios tan veloces y radicales en los entornos socioculturales, ha obligado a muchos investigadores sociales a establecer diálogos y debates transdisciplinarios y a incorporar visiones antes ajenas a su trabajo. También, sin duda, han contribuido a ello los mecanismos oficiales de evaluación y de reconocimiento que interpelan y afectan intereses prácticos e inmediatos, que resultan comunes a todos los investigadores. De la conjunción de todos estos factores es de donde surge la posibilidad de un nuevo orden.

Si se reconoce en la práctica que especialización y disciplinarización no son sinónimos, sino que la segunda es una forma propia del siglo XIX para controlar a la primera, y que está abierta la puerta para la reestructuración postdisciplinaria de las ciencias sociales en una forma adecuada al siglo XXI, esta hipótesis puede extenderse y profundizarse para la comprensión de las tendencias que convendría impulsar estratégicamente, pues como señala el ya citado Renato Ortiz, trascender las divisiones disciplinarias

significa otorgar al trabajo intelectual una dimensión donde las ciencias sociales se realicen de la mejor manera posible; lo que significaría un contrapeso necesario a los mecanismos de institucionalización y a los procesos rutinarios del saber, a la fragmentación del pensamiento y a la reproducción de las luchas por el poder al interior del campo intelectual (1999: 35).

Visto desde los estudios de la comunicación, este panorama permite —y exige— una revisión crítica de las implicaciones que, para su desarrollo y legitimación académica y social, es necesario reconocer como fundamentos de su institucionalización, no sólo, pero particularmente en México. Poner en discusión algunas premisas al respecto es el objetivo de este trabajo,² que rearticula argumentos presentados en diversos ensayos y análisis empíricos en los años más recientes.³

La exposición está organizada en tres partes, con las que se trata de articular una argumentación consistente que vaya de lo más abstracto a lo más concreto, sobre un eje de problematización estructural e histórica de los estudios sobre la comunicación. En un primer momento se formulan algunos problemas de *legitimación*; en el segundo ciertos problemas de *institucionalización* y en el tercero de *profesionalización* de estos estudios, y en cada una de estas partes se intenta plantear con claridad algunas cuestiones epistemológicas cuya discusión parece más urgente.⁴

Como premisa de entrada, se postula la existencia de un campo académico en el sentido de Bourdieu (1988a, 2000), desde cuyo interior se intenta suscitar

2. Discusión que, en el ámbito de trabajo más cercano, ha tomado ya forma pública. Puede constatarse como referencia explícita en los números 30 y 31 de *Comunicación y Sociedad*: Fuentes Navarro (1997a y 1997b) y Sánchez Ruiz (1997).
3. En especial, retomo la ponencia inaugural pronunciada el 7 de noviembre de 2002 en el III Seminário Interprogramas de Pós-Graduação em Comunicação, celebrado en la Escola de A Comunicações e Artes de la Universidade de São Paulo, en conjunto con la Associação Nacional de Programas de Pós-Graduação em Comunicação (COMPÓS), bajo el tema “Epistemologia da comunicação”. La versión original de esta ponencia está incluida en el libro editado por Maria Immacolata Vassallo de Lopes, coordinadora del seminario (Fuentes Navarro, 2003a).
4. “[Como punto de partida] entiendo que la expresión ‘Epistemología de la Comunicación’ refiere a una dimensión constitutiva, interna, fundamental, del propio campo académico de la

una discusión reflexiva sobre sus procesos de institucionalización, social y cognoscitiva al mismo tiempo, entre agentes capacitados para orientar y reorientar sus procesos de estructuración.⁵ Consciente e intencionalmente, se plantea un uso heurístico del modelo de campo como marco interpretativo y referencial (Velasco Gómez, 2000),⁶ tal como se ha hecho para el análisis empírico de la estructuración del campo en México (Fuentes Navarro, 1998).

Los campos, estructuradores y reproductores de la vida social en las sociedades modernas, son para Bourdieu espacios estructurados en los que hay reglas del juego y objetos por los que se juega. Es decir, en cada campo hay intereses específicos que son irreductibles a los objetos e intereses propios de otros campos, y que sólo son percibidos por quienes están dotados del *habitus* correspondiente o cultura (de una época, de una clase o de un grupo) en tanto que interiorizada (“incorporada”) por el individuo bajo la forma de “disposiciones

comunicación en el que reflexionamos como agentes calificados e interesados sobre ella, independientemente de que desde otras perspectivas pueda referirse a un cuestionamiento immanente, exterior o pretendidamente ‘superior’, realizado por otros. Si la epistemología como disciplina filosófica, como teoría del conocimiento, puede aportar todavía un criterio útil para orientar nuestra práctica, es una pregunta que mi incompetencia profesional en el terreno de la filosofía me impide abordar con seriedad, por lo que no niego su eventual pertinencia. Pero si lo que hacemos es en algún sentido ‘científico’, y con mayor razón si no lo es, deberíamos ser capaces de demostrar la consistencia y utilidad de nuestro conocimiento refiriéndolo a las propias condiciones y procedimientos con que lo producimos. Porque hay sin duda una insatisfacción generalizada con el estado actual del campo, y su futuro depende, en buena medida, de la manera en que interpretemos y estructuramos la creciente dispersión intelectual, ideológica y política que lo caracterizan. Ahora sí, y no como cuando Berelson lo afirmó en los años cincuenta, el campo parece estarse ‘desvaneciendo’ cuando más se espera de él” (Fuentes Navarro, 2003a: 19).

5. El término campo, como muchos otros empleados en la actualidad en las ciencias sociales y las humanidades, y en la revisión misma de las condiciones de desarrollo de sus especialidades, es peligrosamente polisémico. Entre sus diversas acepciones, se ha utilizado traducido del inglés (*field*) para denominar simplemente, “territorialmente”, un área de estudio o una disciplina. En mis propios análisis de la institucionalización (social e intelectual) de los estudios académicos sobre la comunicación en México, he preferido el empleo que en francés (*champ*) le ha dado Bourdieu, como “espacio” sociocultural de posiciones objetivas donde los agentes luchan por la apropiación del capital común.
6. “Pero al mencionar a Bourdieu como la fuente primera de mi propuesta, debo aclarar que no soy un ‘bourdiano’, pues he encontrado mayor potencia heurística en los postulados de la teoría de la estructuración de Giddens y otros autores, para desarrollar el análisis del campo en el que me sitúo como agente, en múltiples dimensiones articuladas y desde una perspectiva sociocultural de la comunicación” (Fuentes Navarro, 2003a: 19).

duraderas” que constituyen el principio de su acción (Bourdieu, 1988b: 22). De manera que, al considerar los campos científicos como campos de producción simbólica, no pueden entenderse sus productos (conocimiento) sin tomar en cuenta a los agentes productores (investigadores) y las condiciones sociales (institucionalizadas) de su producción (Bourdieu, 2000). En este sentido, el *habitus* es a un tiempo un “oficio”, un capital de técnicas, de referencias, y un conjunto de creencias que comparten los investigadores que integran el campo.

El *habitus* es a la vez un sistema de esquemas de producción de prácticas y un sistema de esquemas de percepción y de apreciación de las prácticas y, en los dos casos, sus operaciones expresan la posición social en la cual se ha construido. En consecuencia, el *habitus* produce prácticas y representaciones que están disponibles para la clasificación, que están objetivamente diferenciadas; pero que no son inmediatamente percibidas como tales más que por los agentes que poseen el código, los esquemas clasificatorios necesarios para comprender su *sentido* social (Bourdieu, 1988b: 134).

La “teoría de los campos” concibe, entonces, a la actividad científica como generadora de productos simbólicos cuyo sentido compartido es la clave primordial de su propia transformación, y la caracteriza como un proceso sociocultural e ideológico fundado en la trama de las relaciones sociales (Bourdieu, 1988a), es decir, como una red de prácticas de comunicación. La especificidad del campo científico radica en el interés que pone en juego: en él se lucha por el “monopolio de la competencia científica”, según proyectos que son a la vez teóricos y políticos. En otras palabras, no pueden distinguirse determinaciones de las prácticas que sean puramente científicas o puramente sociales: “La lucha por la autoridad científica es necesariamente una lucha al mismo tiempo política y científica; su única singularidad es que opone entre sí a productores que tienden a no tener otros clientes que sus mismos competidores” (Bourdieu, 2000: 18).

La relación entre *habitus* e instituciones (historia encarnada e historia objetivada del campo, respectivamente) según Bourdieu, así como la relación

entre actores y estructuras según Giddens (1984), permiten sustentar teóricamente, por un lado, el carácter dialéctico de la mutua constitución entre prácticas e identidades subjetivas y los campos o sistemas objetivos, es decir, la dinámica de la reproducción sociocultural, y por otro, la posibilidad de objetivar esas relaciones mediante el análisis de las formaciones discursivas con que los sujetos se las representan como “significados” (que son el producto de la interpretación subjetiva de la información del entorno) y las comparten como “sentido” (que es el producto pragmático de la interacción comunicativa entre sujetos).⁷

La legitimación del campo académico de la comunicación

Independientemente del tiempo y el espacio que se propongan como escala para identificar el campo académico de la comunicación y sus condiciones de desarrollo, en el centro de ese proceso histórico se encuentra de manera recurrente la cuestión de su legitimación, siempre en debate, invariable objeto de lucha, tanto al interior como al exterior del propio campo. Cuando se discuten las condiciones de la legitimidad intelectual de estos estudios, es decir, cuando se apela al análisis epistemológico de los esquemas, discursos y saberes que se postulan como válidos, y se confrontan los criterios de evaluación para calificar o descalificar perspectivas que no son la propia, no se pueden eludir los factores sociopolíticos que, en diversas escalas, determinan ese análisis también en sus dimensiones ontológica, ética y organizativa o social.

Quizá no sobra recordar que una vez que fue desplazado el proyecto del empirismo lógico del centro de la discusión filosófica sobre el conocimiento científico, con las certezas dogmáticas que proporcionaba a sus adherentes, la

7. De esta manera, el concepto de campo académico (homologable al de campo científico), operado autorreflexivamente desde su correspondiente *habitus* en un proceso de “objetivación participante” (Bourdieu, 1989), sirve para captar de forma analítica las relaciones entre los sistemas de representaciones que subyacen a las prácticas de sujetos empíricos. Estas prácticas, a su vez, constituyen el propio campo como espacio de tensiones entre sujetos, entre sujetos y estructura, y entre la estructura y el entorno sociocultural en que se constituye el campo.

epistemología de las ciencias, comenzando por las naturales, se ve tensionada por la convicción de que el conocimiento debe referirse válidamente a alguna realidad, como sostenía Popper, y de que es un conocimiento histórica y socialmente construido, como lo propuso Kuhn.⁸ El “criterio de demarcación”, la distinción entre el conocimiento científico y el no científico, es ahora, en vez de una norma de unificación, un objeto más de discusión, sometido tanto a las condiciones de la racionalidad como a las del poder.

Por ello en el campo científico los conflictos epistemológicos son siempre conflictos políticos. Pero habría que considerar con mayor detenimiento que esto está relacionado de manera directa con el grado de autonomía conquistado por el campo. Si la definición de lo que está en juego en la lucha científica forma parte de la misma lucha, por lo que según Bourdieu, “los dominantes son aquellos que logran imponer una definición de la ciencia según la cual la realización más perfecta consiste en tener, ser y hacer aquello que ellos tienen, son y hacen” (2000: 20), es indispensable reconstruir desde su origen las definiciones en pugna, y apreciar en qué medida y de qué manera su formulación e institucionalización dependen de agencias de poder internas y externas al campo. Porque, otra vez según Bourdieu,

las reivindicaciones de legitimidad obtienen su legitimidad de la fuerza relativa de los grupos cuyos intereses expresan: en la medida en que están en juego en la lucha la definición misma de los criterios de juicio y de los principios de jerarquización, nadie es un buen juez porque no hay juez que no sea, al mismo tiempo, juez y parte interesada (2000: 22).

Para el campo académico de la comunicación, cuya constitución es tan reciente como incipiente, y debido a sus pretensiones de científicidad, tengan o no fundamento válido, estas cuestiones siguen sin duda abiertas y hacen muy pertinente la indagación histórica. Porque quizá persista la tentación de aceptar que es

8. Véase una reconstrucción de la famosa polémica desatada por la publicación de *La estructura de las revoluciones científicas*, de Thomas S. Kuhn, en Fuentes Navarro (1994).

válida la imposición de un solo modelo de futuro, o de considerar la diversidad de fundamentos como un defecto. Y habría que ver, por ejemplo, qué hay en común en la estructura de producción del conocimiento y la reproducción de la comunidad de practicantes, entre el campo de la comunicación en la actualidad y el de la óptica en el siglo XVII, que Thomas Kuhn describió de la siguiente manera:

Quien por primera vez entraba en este campo se veía expuesto inevitablemente a toda una variedad de puntos de vista contradictorios [...] El hecho de que el principiante tuviera que hacer una elección y luego conducirse de acuerdo con ella no impedía que estuviese consciente de las demás posibilidades. Este modo de educación tenía, obviamente, más posibilidades de producir un científico libre de prejuicios, alerta a los fenómenos nuevos y flexible en la manera de enfocar su campo (1982: 254).

Una postura semejante parece adoptar James Anderson, un destacado profesor norteamericano, que escribió en la introducción de su libro sobre los fundamentos epistemológicos de las teorías de la comunicación hace unos cuantos años, que en la actualidad

sería notable un colega que no conversara, al menos, con algo del menú de las revoluciones kuhnianas, la arqueología foucaultiana, el deconstruccionismo derrideano, el deseo lacaniano, la dialógica bahktiniana, la semiótica peirceana, la hermenéutica alemana y la teoría feminista, así como con las búsquedas de fin de siglo de James, Dewey y similares (1996: 1).

Para él, la necesidad de adquirir y mantener certidumbres críticas, sobre todo en las prácticas institucionalizadas de la formación universitaria de investigadores, justifica la revisión de las teorías como prácticas, a partir de una epistemología que descarta el recurso a la autoridad incuestionable de la ciencia, pero

no a las consecuencias de la construcción y reproducción social e institucional de esa "autoridad".

El debate sobre la legitimidad intelectual de los estudios sobre la comunicación, que expresa en buena medida la lucha por legitimar ciertas perspectivas y por consiguiente deslegitimar otras, en función de un poder diferencialmente construido y distribuido, ha tenido sin duda como escenario principal al sistema académico norteamericano, cuyo análisis puede ser muy ilustrativo para los propósitos latinoamericanos, pues es ahí donde parece haberse impuesto en las últimas décadas un pluralismo muy ambivalente y confuso, sospechosamente coincidente con la creciente concentración y expansión global de las industrias mediáticas.

Así, puede explicarse por qué lo que comenzó a principios de los años ochenta como una búsqueda de claridad sobre el "fermento en el campo", entendido como una crisis de paradigmas en términos más o menos epistemológicos (*Journal of Communication. Ferment in the field*, 1983), ha derivado en una polémica multidimensional y en el reconocimiento de una fragmentación en apariencia irresoluble, que entre muchas otras consecuencias ha suscitado un interés muy crítico por la historia, intelectual y social, del propio campo. Habría que interpretar desde ahí por qué, después de una década, el debate norteamericano se reformuló alrededor del "futuro del campo" (*Journal of Communication. The future of the field: between fragmentation and cohesion*, 1993) o en el imperativo de definir los estudios de medios (Levy y Gurevitch, 1994), para empezar por los títulos bajo los cuales se publicó la polémica.

Si bien George Gerbner, el editor de la publicación de 1983, concluyó que las oposiciones entre conocimiento básico y aplicado, entre ciencia y arte, entre análisis cuantitativo y cualitativo, entre investigación administrativa y crítica, "no se sostienen ni lógica ni prácticamente con independencia de las razones históricas que lo hicieron creer así", y que "el fermento en el campo [...] atestigua la vitalidad de la disciplina y su capacidad de acometer las tareas críticas" (1983: 362), Mark Levy y Michael Gurevitch, editores a su vez de la edición de 1993, plantearon de entrada que "el ansia por descubrir un paradigma universal de la comunicación ha sido sustituida por una cómoda aceptación del pluralismo teórico", que "al saber académico de la comunicación le falta *status* disci-

plinario porque carece de un núcleo de conocimiento y por tanto la legitimidad institucional y académica sigue siendo una quimera”, y que “la guerra fría política ha terminado, pero las batallas ideológicas y metodológicas —como las que se dan entre los deterministas psicológicos, culturales, económicos, textuales y tecnológicos— continúan fragmentando nuestro campo” (1993: 4).

Aun sin referencia a un número especial que, a mediados de 2003, tendría que continuar la secuencia autorreflexiva canalizada en apariencia cada diez años por la publicación principal de la International Communication Association (ICA), es indudable que muchos de los términos y posiciones del debate se han internacionalizado y complejizado. Tres de estas posiciones sostenidas por autores norteamericanos, al menos, parecen en especial interesantes para la reconstrucción epistemológica:

Una, es la del ya mencionado James Anderson, quien sostiene que “la teoría debe tener un objeto de su explicación, una forma explicativa, un método para relacionar evidencias con postulados, explicaciones características dentro de un rango de desempeño, y una consecuencia valoral”, por lo cual articula siete criterios, en forma de preguntas, correspondientes a los planos de la ontología, la epistemología, la praxeología y la axiología, que propone en conjunto para buscar una explicación racional a la “cualidad y la manera de las creencias que fundamentan nuestro trabajo académico”, en el cual se inculca a los estudiantes (1996: 2-5). Y deja a ellos, a los lectores, la construcción de las respuestas, después de analizar 18 diferentes teorías de la comunicación. El comentario de Klaus Krippendorff ante este libro posmoderno requeriría una reflexión adicional:

En vez de ofrecer respuestas simples a las preguntas epistemológicas que inevitablemente surgen de las teorías, traza numerosas distinciones entre comunidades de académicos que alegan tener esas respuestas, y así nos muestra cómo el estudio académico de la comunicación se hace en el proceso de comunicar sobre la comunicación (Anderson, 1996, solapa).

Otra postura sin duda muy interesante es la del propio Krippendorff, alguna vez y todavía reconocido por su manual de análisis de contenido (1980), quien ha participado en el debate constatando la necesidad de elaborar desde otras bases epistemológicas un concepto de comunicación no centrado ya en los mensajes como realidades objetivas, que afectan a quienes se exponen a ellos y que crean una comunalidad social de la cual hay que evitar las desviaciones (1994: 42). En cambio, habría que construir una radicalmente

nueva y virtuosa síntesis, en que se vea a los seres humanos, primero, como seres cognitivamente autónomos; segundo, como practicantes reflexivos de la comunicación con los otros (y esto incluye a los científicos sociales en el proceso de sus investigaciones); y tercero, como interventores moralmente responsables, si no es que creadores de las realidades sociales en las que terminan viviendo (1994: 48).

Con bases constructivistas, en algunos momentos radicales, Krippendorff plantea, así, un proyecto epistemológicamente reflexivo y éticamente orientado, del cual serían responsables los académicos de la comunicación, como agentes que a su vez reconocen la capacidad de los otros actores sociales para dar cuenta de sus prácticas. Los ejes de una revisión crítica del campo y los fundamentos de su reconstitución teórica, no podrían ser entonces puramente epistemológicos sino que deberían articular los factores de ejercicio de poder y de legitimidad con la construcción de los significados.

Pero es quizá John Durham Peters el autor que aporta los planteamientos más radicales y estimulantes para el debate. Su libro *Hablar al aire: una historia de la idea de la comunicación* cuestiona la pertinencia de cualquier análisis que no tome en cuenta que

en gran parte del discurso contemporáneo, «comunicación» existe como una suerte de plasma germinal conceptual malformado e indiferenciado. Rara vez una idea ha sido tan infestada de lugares comunes.

Porque «comunicación» ha llegado a ser propiedad de políticos y burócratas, tecnólogos y terapeutas, todos ansiosos por demostrar su rectitud como buenos comunicadores. Su popularidad ha rebasado a su claridad. Aquellos que buscan hacer teóricamente preciso el término para el estudio académico, han terminado a veces sólo formalizando el miasma a partir de la cultura más en general. La consecuencia es que el pensamiento filosóficamente más rico sobre la comunicación, tomada como el problema de la intersubjetividad o las rupturas en la comprensión mutua, se encuentra frecuentemente en aquellos que hacen poco uso de esa palabra (1999: 6).

Peters argumenta que “la noción de teoría de la comunicación no es más vieja que los años cuarenta (cuando significaba una teoría matemática del procesamiento de señales), y nadie había aislado la «comunicación» como un problema explícito hasta las últimas dos décadas del siglo XIX” (1999: 9-10). Como objeto de debate intelectual, ubica a la comunicación sobre todo en los contextos posteriores a la primera y la segunda guerras mundiales y justifica su estudio en la actualidad, y por lo tanto, la clarificación de sus fundamentos, en tanto que “«comunicación» es una rica maraña de hebras intelectuales y culturales que codifica las confrontaciones de nuestro tiempo consigo mismo. Comprender la comunicación es comprender mucho más” (1999: 2).

Esta puede considerarse como la veta central de la problematización epistemológica del campo, pues al mismo tiempo que la comunicación se convierte en un principio cada vez más importante del sentido en todos los ámbitos de la existencia social, según la *doxa* imperante, la academia no logra constituir un sistema de conocimiento que vaya más allá de la reproducción de esa *doxa*, de ese conocimiento cotidiano acrítico y funcional, con el que la ciencia tendría que romper. Siguiendo a Bourdieu, podrían entonces interrogarse los constitutivos comunes entre las comunidades de académicos que sostienen propuestas divergentes pero comparten esa imposibilidad de construir un conocimiento y un método crecientemente autónomos de la determinación social, externa al campo pero incorporada e institucionalizada en él. Y en esos términos, lo que habría que distinguir es el conocimiento científico de esa *doxosofía*, “ciencia aparente y

ciencia de la apariencia” (Bourdieu, 2000: 46), que sobre todo con un tinte tecnologicista y a partir de la irrupción de la Internet en el horizonte cotidiano durante la última década, ha proliferado en el campo y alrededor de él.⁹

Peters sugiere, pues, que “comprender la comunicación es comprender mucho más”, comprender “las confrontaciones de nuestro tiempo consigo mismo”, fórmula paralela a aquella que argumentó Jesús Martín-Barbero hace más de una década en el sentido de que la comunicación ocupa un “lugar estratégico para pensar la modernidad”, razón fundamental por la que su estudio debe de ser transdisciplinario:

La expansión e interpenetración de los estudios culturales y de la comunicación no es fortuita ni ocasional. Ello responde al lugar estratégico que la comunicación ocupa tanto en los procesos de reconversión cultural que requiere la nueva etapa de modernización de nuestros países, como en la crisis que la modernidad sufre en los países centrales. No es posible comprender el escenario actual de los estudios de comunicación, y aún menos trabajar en su prospectiva, sin pensar esa encrucijada (Martín-Barbero, 1992: 30).

Puede constatarse que muchos analistas de la contemporaneidad, ubicados en muy distintas posiciones del espectro ideológico y científico, están proponiendo al conocimiento, a la información, a la comunicación, como ejes centrales de construcción de un mundo nuevo, al mismo tiempo que se expanden por el mundo y se concentran en poquísimos núcleos de control las industrias del sector. Parece que la idea de que haya un desplazamiento acelerado de los factores económicos y políticos hacia los simbólicos y culturales en los núcleos de la transformación social no resulta tan descabellada como en los siglos anteriores. Las finanzas mundiales y las elecciones en muchos países, como México en 2000, así lo hacen pensar. Para algunos, el siglo XXI estará marcado por la importancia creciente de las relaciones simbólicas, en vez de la de las relacio-

9. Para un mayor desarrollo de la misma argumentación desde este ángulo de análisis, véase Fuentes Navarro (2000a).

nes materiales, en la estructuración de la realidad global. La comunicación, quizá con la Internet como paradigma, sería así la clave central de la globalización. ¿Pero qué significan, en cada uno de los autores que así lo argumentan, conocimiento, información y comunicación, y qué relaciones conceptuales proponen entre estos términos? Por mencionar sólo una de las múltiples preguntas que tendrían que seguir a esta: ¿y qué tienen que ver los medios, como instituciones industriales, en ello?

Dejar sin abordar con rigor estas cuestiones básicas produce un efecto de disgregación tal en el campo, que sólo es en apariencia paradójico que prevalezca un “pluralismo” superficial y acrítico, sea bajo la imagen de la especialización o de la interdisciplinariedad, y en realidad se impongan así el pensamiento único y la instrumentalización de la comunicación y sus recursos. Como corolario de su *Historia de las teorías de la comunicación* (1997) y al menos desde *Pensar sobre los medios* (1987), así lo habían advertido ya los Mattelart:

El pragmatismo que caracteriza a los estudios operativos impregna cada vez más las maneras de decir la comunicación. De ello resulta que el campo en su conjunto experimenta cada vez más dificultades para desprenderse de una imagen instrumental y conquistar una verdadera legitimidad como objeto de investigación en su integridad, tratado como tal, con el distanciamiento indisoluble de una gestión crítica (Mattelart y Mattelart, 1997: 126).

En ese movimiento, que sin duda seguirá siendo objeto de debate durante las próximas décadas, la epistemología es una clave principal para legitimar científica y socialmente al campo de estudios de la comunicación, en consonancia con la relevancia, real o imaginada, que el poder y la historia han otorgado a su objeto.

En suma, parece evidente que la autonomía científica del campo de estudios de la comunicación es muy baja y tiende a decrecer aún más, lo cual implica que la acumulación y distribución de saberes están sujetas a que se entrometan no sólo intereses ajenos al conocimiento dentro del campo sino a que se impongan desde su exterior las definiciones de qué y cómo, por qué y para qué produ-

cirlos y reproducirlos en la institución universitaria, con la apariencia de cientificidad que esta otorga, pero con la densidad de crítica intelectual más baja que sea posible. Y, no obstante, hay un proceso creciente aunque no mayoritario de reflexión crítica y modificación práctica de las condiciones por las cuales el campo se aleja de un estado, que nunca ha tenido, de monopolio de la legitimidad científica y social en un grupo, perspectiva o modelo. La situación presente, entonces, requiere de una articulación muy delicada de reflexión epistemológica con análisis sociológicos y ético-políticos de los intrincados procesos de su legitimación institucional, pues en el fondo, es una lucha ideológica que cruza por la territorialización.

La institucionalización del campo académico de la comunicación

Aunque puede sostenerse la convicción de que en el debate norteamericano y europeo sobre la historia y futuro del campo de la comunicación pueden encontrarse aportes fundamentales para los análisis críticos que, desde el espacio académico latinoamericano nadie más que los latinoamericanos puede hacer, convendría mucho distinguir entre “los tres modos de relación del trabajo académico con las concepciones y modelos de comunicación hegemónicos: dependencia, apropiación, invención”, que Jesús Martín-Barbero propuso hace casi dos décadas y siguen siendo esenciales para avanzar en el análisis de la institucionalización de los saberes sobre la comunicación. Dejando de lado por ahora la invención, resalta

La dependencia que, transvestida de liberalismo intelectual y eclecticismo posmoderno, concluye que ‘todo vale’, o sea que todas las concepciones ‘son iguales’ y por lo tanto tienen los mismos derechos. Derechos que, en países de desarrollo tan precario como los nuestros, serían sólo los de aplicar lo que otros inventan y ‘estar al día’. La apropiación se define al contrario por el derecho y la capacidad de hacer nuestros los modelos y las teorías vengan de donde vinieren geográfica e ideológicamente. Lo que implica no

sólo la tarea de ensamblar sino la más arriesgada y fecunda de rediseñar los modelos para que quepa nuestra heterogénea realidad, con la consiguiente e inapelable necesidad de hacer lecturas oblicuas de esos modelos, lecturas ‘fuera de lugar’, desde un lugar diferente a aquel en el que se escribieron (2002: 6).

De nueva cuenta, la reconstrucción histórica del campo, y más específicamente de sus modelos de institucionalización tanto social (programas, asociaciones, publicaciones) como cognoscitiva o intelectual (conceptos, métodos, articulaciones), es un insumo indispensable para el análisis. En ese sentido, hay otro aporte en un artículo reciente de Karin Wahl-Jorgensen, del Instituto para la Investigación de la Comunicación de Stanford. Ella niega, con base en una argumentación epistemológica, que las historias del campo representen en sí mismas “un espacio para un giro reflexivo en los estudios de la comunicación” (2000: 87).

Ni las historias basadas en el método biográfico, que llama rituales, ni las basadas en la historia intelectual, que denomina rebeliones, estimulan la reflexividad si no se confrontan, en la lectura crítica, entre sí y con “las demandas institucionales y los intereses personales y políticos que guían nuestra investigación”, porque es necesario reconocer “el hecho de que las prácticas académicas interactúan y afectan el mundo externo de la economía, la política y la cultura” (Wahl-Jorgensen, 2000: 113). Y sobre todo, se podría agregar, son afectadas por ellas.

Múltiples historias del campo académico de la comunicación en Estados Unidos, tanto biográficas como intelectuales, han reconstruido de diversas maneras los complejos procesos de institucionalización de estos estudios.¹⁰ Es obvio que las historias, sobre todo si se escriben desde el interior mismo del

10. El primer país donde se institucionalizó la comunicación como campo académico fue Estados Unidos, cuyo sistema universitario sufrió grandes transformaciones a partir de la última década del siglo XIX, al mismo tiempo que la organización social total del país (Clark, 1992). El modelo europeo de la universidad de investigación [*research university*] se impuso sobre el preexistente del *community college*, centrado en la “formación de pregrado en artes liberales” (Rogers,

campo, están sesgadas por las posiciones e intereses de quienes las construyen. Pero hay un efecto que, junto con lo observado por Wahl-Jorgensen, constituye un objeto central de atención epistemológica: ninguna de las historias abarca un periodo temporal ni un espectro disciplinario más restringido que las anteriores. Si bien los problemas teóricos son ineludibles al trazar cualquier mapa histórico del campo, las redes de referencias asociadas a las teorías de la comunicación van de manera sistemática cada vez más atrás en el tiempo y más lejos en el espectro de los campos científicos donde anclar sus fundamentos. En otras palabras, se manifiesta ahí una fuerte tendencia centrífuga, no un proceso de condensación. No hay indicios de un avance hacia una definición disciplinaria sino todo lo contrario, aunque las referencias institucionales sean más comunes cada vez.

Ya nadie puede sostener simplemente, como hasta hace unos 20 años, que el campo de la comunicación nació sin más de la yuxtaposición de los trabajos de investigación empírica de Lasswell, Lazarsfeld, Lewin y Hovland, es decir, de una hibridación de la sociología, la psicología y la ciencia política. Ni, como argumentó Everett Rogers, que el “principal” fundador del campo sea Wilbur Schramm.¹¹ Nadie pretende negar el origen multidisciplinario de los estudios

1993: 20). En este contexto, las primeras escuelas de periodismo, como la fundada a principios de siglo por Joseph Pulitzer en Columbia, que no pretendían más que “la formación de profesionales íntegros, competentes y con un alto grado de instrucción” (Nixon, 1974: 197–198), debieron transformarse para sobrevivir en el entorno de las universidades de investigación: se hizo necesario “cientificarlas”, al introducir una fuerte dosis de “ciencias sociales” en los programas de formación de periodistas (Rogers, 1994: 467).

11. Según Rogers, “el principal fundador de nuestro campo fue Wilbur Schramm, quien no sólo institucionalizó el estudio de la comunicación creando Institutos en Iowa, Illinois y Stanford, sino que también escribió los libros de texto que definieron el campo en los años cincuenta y fue el maestro de docenas de los primeros doctores en comunicación” (1993: 22). Cabe subrayar que el proceso de institucionalización impulsado por Schramm tiene el mérito de haber superado el conservadurismo del sistema universitario norteamericano, que resiste tradicionalmente la creación de departamentos en campos “nuevos”. La estrategia predominante consistió en introducir las actividades de investigación a los departamentos, ya existentes en las universidades, de Periodismo y más adelante de *Speech*, e irlos transformando paulatinamente en departamentos de Comunicación. Este proceso de “conversión” generó la más notable desarticulación norteamericana del campo académico de la comunicación: la escisión entre la investigación de la *mass communication* [comunicación masiva], desarrollada en los antiguos departamentos de Periodismo, y la investigación de la *speech communication* [comunicación

de la comunicación, aunque ese origen se ubique en uno u otro lugar y época, pero cada historiador quiere legitimar, sin embargo, con su versión, un proyecto de futuro disciplinario en algún sentido.¹² Por ello hay en juego muchas más propuestas ontológicas, epistemológicas, teóricas y metodológicas que alternativas a la institucionalización imperante. Y, también, menor convergencia intelectual que organizacional en los supuestos de base de esas propuestas.¹³

Eso indica que la institucionalidad y no la argumentación intelectual, es el lugar social donde se articulan el poder y el saber, por lo que el futuro del campo y la lucha por su orientación dependen en mayor medida de las formas organizacionales que de las teóricas. El ya mencionado John Durham Peters planteaba hace 15 años que la institucionalización bajo la forma de una disciplina autónoma, impulsada por Wilbur Schramm en los años sesenta, los usos de la teoría de la información en ese contexto, y “la auto-reflexión como apologética institucional”, explican la “pobreza intelectual” del campo de la comunicación (1986):

interpersonal], producto predominante de los antiguos departamentos de *Speech* (Fuentes Navarro, 1995).

12. Aunque Veikko Pietilä observa que tampoco deben exagerarse las diferencias entre las tres principales “versiones” (anglo-norteamericanas) que él analiza: la de la *mass communication research*, la de la nueva izquierda y la culturalista. “Lo que se debate más es el recuento de las incursiones pioneras que no constituyeron una estructura disciplinaria que estableciera límites consensuales a un ‘campo’. Por otro lado, las versiones coinciden en mucho mayor medida en sus recuentos de los desarrollos más recientes, posteriores a la segunda guerra mundial. Quizá las versiones más tempranas, en ese aspecto, han ejercido influencia sobre las posteriores” (1994: 356).
13. El investigador sueco Karl Erik Rosengren, que en *Fermento en el campo* cuestionaba si había en “*La investigación de la comunicación ¿un paradigma o cuatro?*” (1983), diez años después, en *El futuro del campo* afirma, desde el título, “*Del campo a los charcos de ranas*” (sin signos de interrogación), que el eje de las discusiones se ha desplazado, de la dimensión cambio radical/regulación social (es decir un eje orientado por ideologías políticas), a la dimensión subjetivismo/objetivismo (a su vez definido más bien por ideologías científicas). Pero, al mismo tiempo y quizá por ello, el campo “se caracteriza hoy más por la fragmentación que por la fermentación” (1993: 9). Su diagnóstico no es finalmente muy optimista: “Después de un periodo de fermentación en el campo (si es que alguna vez hubo campo en el sentido estricto de la palabra) parecemos haber terminado en la fragmentación y un amenazante estancamiento. Aquellos que esperaban confrontación y cooperación positivas tienen motivos para estar decepcionados. En vez de eso, parecen predominar una desgana aceptación o indiferencia hacia tradiciones de investigación que no sean la propia” (1993: 14).

El imperativo institucional de crear una disciplina particular en una época cuando los asuntos de comunicación eran prácticamente universales en la vida universitaria, significó que las ideas de la teoría de la información tuvieran que ser distinguidas del campo en sí, para establecer el engramado propio. En suma, la teoría se usó casi exclusivamente para propósitos de legitimación y sus ‘ideas interesantes’ fueron ignoradas. El destino de la teoría de la información es una lección sobre los compromisos que se hallan en el periodo formativo del campo: negociar alcance teórico por territorio académico (1988: 314–315).

Otro autor estadounidense que en ese mismo sentido ha abordado la crítica a fondo del “universo de discurso en el que crecimos” es Timothy Glander (2000), cuyo trabajo historiográfico interpreta las decisiones que guiaron la institucionalización del campo de estudios de la comunicación en Estados Unidos en el contexto de la segunda guerra mundial en un sentido estrictamente político, pues había tantos antecedentes académicos para institucionalizarlos en relación con la educación, en el campo de las humanidades, como con la propaganda, en el de las ciencias sociales. Al resolverse la definición de los proyectos fundacionales en términos del avance en el conocimiento y control de los mecanismos propagandísticos, centrados en la difusión masiva y selectiva de mensajes persuasivos, y no de los educativos, asociados a la construcción democrática de comunidades de conocimiento y acción; al conseguirse no sólo los apoyos políticos y financieros sino también la legitimidad académica de la investigación con ese sesgo, la separación entre comunicación y educación y la escisión entre humanidades y ciencias sociales quedó consagrada¹⁴ y el modelo de la *mass communication* con-

14. “La educación y la comunicación están fundamentalmente vinculadas, inescapablemente afiliadas en la teoría y en la práctica. Los filósofos de la educación, de Sócrates a Dewey y Freire, lo han reconocido así y han tratado de clarificar esta relación. La educación y la comunicación no pueden ser separadas, aunque nuestras disposiciones académicas presentes hagan creer que pueden ser segregadas. La organización contemporánea del conocimiento sugiere que educación y comunicación son fenómenos distintos, que pueden ser estudiados y practicados en aislamiento mutuo. Este libro cuenta parte de la historia de cómo y por qué ocurrió esta división, qué

solidado, independientemente de su consistencia epistemológica, primero en Estados Unidos y luego, en el resto del mundo.¹⁵

Para los años sesenta, época de la guerra fría y de la “modernización” de América Latina, parecía haberse resuelto así el diseño del campo de la comunicación en Estados Unidos. No sólo se había institucionalizado, en la forma de institutos de investigación sobre todo, sino que había clarificado su misión, o al menos la de la “mass communication research”, alrededor de las famosas cinco preguntas de Lasswell —quién, dice qué, a quién, por qué canal, con qué efectos—, convertidas por Schramm en un auténtico paradigma disciplinario.

Pero más que la historia de allá, a partir de este punto interesa discutir cómo se trasladan sus rasgos, hacia acá: América Latina y el resto del mundo. Para esa transición sirve mucho una cita de Hanno Hardt, autor de otra historia de los estudios de la comunicación en Estados Unidos, esta trazada desde las corrientes críticas, en la que busca reconstruir y comprender el trayecto de “las ideas sobre la centralidad de la comunicación en el pensamiento social”:

Estas ideas emergieron de la cultura social y política de los Estados Unidos como un país en vías de desarrollo que se movió, en unas cuantas generaciones, de los experimentos sociales y políticos sobre la colonización, la expansión urbana y la industrialización al liderazgo mundial en prácticas democráticas. Durante este periodo las preguntas sobre la comunicación y el papel de los medios se convirtieron en una preocupación práctica para quienes se dieron

ocasionó el divorcio, y cómo afectó la emergencia y crecimiento del nuevo campo de la comunicación a los asuntos educativos en el siglo XX” (Glander, 2000: x).

15. La revisión de las trayectorias profesionales y las publicaciones de los fundadores del campo, sobre todo de Wilbur Schramm, permite documentar la hipótesis de Glander (2000) y abrir de nuevo preguntas cruciales, como por ejemplo, las que tienen que ver con los efectos sociales de la televisión, que por supuesto, tienen una explicación muy distinta si se los interpreta desde la consideración de la comunicación como propaganda o como educación. En términos no sólo de la práctica de la investigación sino también de la formación de profesionales de la comunicación, estos cuestionamientos tienen una alta relevancia actual porque, en palabras de Glander, exigen revisar a fondo “el universo de discurso en el que crecimos” y que a pesar de los esfuerzos de muchos de los autores más críticos del campo, tiene una inercia ideológica terriblemente tenaz.

cuenta del papel del lenguaje y de la capacidad de las tecnologías de la información para trascender las fronteras culturales y políticas (1992: xi).

La historia de los medios, así como la de las prácticas comunicativas o de la idea de la comunicación, tienen lugares propios en la investigación, que no habría que confundir con la historia del campo académico, aunque entre todas esas historias haya vínculos y enlaces múltiples. En América Latina, por más que haya antecedentes documentados incluso anteriores a los estadounidenses, la historia del campo académico de la comunicación no abarca más que las últimas cinco décadas, el tiempo que lleva el proceso de su institucionalización en las universidades y centros de investigación. En ese trayecto, es muy relevante el hecho de que el estudio de la comunicación haya tenido mucho más arraigo en la forma de programas de formación profesional que de centros de investigación y, por supuesto, la dependencia obvia de la investigación latinoamericana con respecto a “las orientaciones conceptuales y metodológicas establecidas por los investigadores en Europa y los Estados Unidos”, que ya documentaba y denunciaba Luis Ramiro Beltrán (1974, 2000a) en los años setenta.

No hay duda de que, en muchos aspectos, ha quedado atrás aquella situación de la “indagación con anteojeras”, es decir, para precisar, la oposición maniquea entre el rigor de la ciencia y el compromiso político con la transformación social que Beltrán descubría como patrón del debate central en la investigación de la comunicación en América Latina en esa época y que resultaba más nociva aún que la dependencia conceptual y metodológica de la que no estaba desvinculada. Pero al igual que en las ciencias sociales en general, y en el campo de la comunicación en Estados Unidos y en otras regiones, el eje central de los debates en el campo pareció perderse entre los años ochenta y noventa, precisamente en la época de su crecimiento explosivo. Como he argumentado en otro lugar con mayor detalle, en mi propio intento de hacer una historia del campo latinoamericano de la comunicación, hace diez años (Fuentes Navarro, 1992),

logré, sin gran dificultad, reconstruir la ‘problemática’ latinoamericana de la comunicación y los acercamientos a su investigación y práctica predominantes en los años sesenta a partir del eje de tensión (teórico–metodológico) entre el desarrollo y la dependencia, así como su desplazamiento, en los años setenta, hacia el eje de tensión (epistemológico–político) entre los criterios de científicidad y la contribución al cambio social. Pero ningún esquema de este tipo me permitió entonces organizar las tensiones del campo en los años ochenta. [...] Sin embargo, la tensión predominante en los años noventa pareció establecerse sobre el eje del abandono de las premisas críticas, sea ante la adopción de la ‘inevitable vigencia’ de las leyes del mercado también en el ámbito de la investigación, sea ante la dispersión de enfoques sobre las múltiples ‘mediaciones’ culturales de las prácticas sociales, sea en otras direcciones.

Por un lado, entonces, las temáticas asociadas a la ‘globalización’ y las tecnologías digitales y, por el otro, las asociadas a las ‘identidades’ microsociales, exigieron la ruptura (o provocaron el ‘desvanecimiento’) de casi todos los supuestos teórico–metodológicos, epistemológicos y, sobre todo ideológicos, que habían sostenido la investigación de la comunicación en las décadas previas. Desde mediados de los años ochenta, parece tener cada vez menos sentido investigar las relaciones de los medios de difusión con la dependencia o con el desarrollo nacionales, formular e impulsar alternativas a las políticas y prácticas de la ‘manipulación’ informativa o el entretenimiento comercial, o discutir los fundamentos conceptuales que permiten llamar ‘comunicación’ no sólo a tantos fenómenos distintos, sino enfocados desde perspectivas fragmentarias y hasta opuestas entre sí, a lo largo de distintos ejes. Es decir, sin que hayan desaparecido el maniqueísmo o el dualismo que en otras épocas organizaban el pensamiento, el discurso y la acción sobre la comunicación, desde mediados de los años ochenta parecen haberse multiplicado en tal medida las posturas y las posiciones desde las cuales se puede investigar la comunicación, que el debate es cada vez más difícil, al haber menos referentes comunes (Fuentes Navarro, 1999a: 55–56).

Quizá podría sostener hoy, tratando de enfatizar la dimensión epistemológica de esta problematización, que ese aparente abandono de las premisas críticas, así se sustentaran más en ideologías políticas que en posturas científicas, y esa inercia sin proyecto que puede documentarse muy bien en el campo latinoamericano de la comunicación, no sólo nos acercan más que en otras épocas a lo que sucede en otras partes sino que nos exigen recomponer de nueva cuenta los esquemas reflexivos desde una postura muy propia. Puede adelantarse que ya no basta tampoco el análisis de la institucionalización social y cognoscitiva del campo, como no es suficiente el análisis de su legitimación intelectual, pero sí puede ser conveniente revisar, antes de pasar a otro plano, los fundamentos institucionales de la disciplinarización del campo y, en consecuencia, las estructuras transinstitucionales en que se sostiene e impulsa, sobre todo las publicaciones y las asociaciones académicas.

En otras palabras, puede afirmarse que la influencia fundacional del Centro Internacional de Estudios sobre la Comunicación —antes Periodismo— para América Latina (CIESPAL) y sus modelos de escuelas de periodismo primero y de comunicación después; la omnipresente actividad de la iglesia católica y después de otras iglesias en las prácticas educativas y comunicativas de todo tipo; los programas estatales de modernización y los multivariados movimientos políticos y sociales que han impulsado proyectos comunicacionales de signos muy distintos; la intervención de agencias internacionales de diverso origen, orientación y capacidad financiera; los intereses directa e indirectamente asociados con los medios; y muchas otras agencias extracadémicas, han condicionado de una manera mucho más determinante, aunque bastante variada, la institucionalización universitaria del campo de la comunicación, que la racionalidad no digamos científica, sino organizacional de la propia academia.

Porque si bien los modelos básicos de formación universitaria de profesionales de la comunicación fueron importados a América Latina directamente de Estados Unidos, al ser insertados en unos sistemas universitarios muy diferentes al original pronto adquirieron características divergentes, de las cuales ahora se destaca sólo la desvinculación de su desarrollo con respecto al de los sistemas comerciales de medios, que incluso superaron en algunos aspectos, momentos y países determinados a sus modelos norteamericanos. Quizá, la falta de articula-

ción de estos programas con la investigación, que siempre fue relativamente escasa y durante muchos años se realizó sobre todo fuera de las universidades, y en la mayor parte de los países también de los medios, alejó a la gran mayoría de las escuelas de comunicación de la posibilidad de generar un espacio académico mínimamente riguroso en cuanto a los saberes que reproducía. Cuando comenzaron a surgir los programas de posgrado, este patrón estaba ya establecido con solidez y muchos de estos programas no han podido o no han querido sustraerse a él.

Se puede explicar así, entre otros rasgos del campo, el proceso de disciplinarización de los estudios de comunicación. La formación de profesionales, orientada a la creación, expansión y desarrollo de un mercado laboral en los medios y otras instituciones sociales en el que se insertaran los egresados universitarios, tuvo un impulso mayor por parte de las propias universidades que de las industrias de la comunicación. Los medios podrían emplear especialistas funcionalmente capacitados, pero las universidades debían legitimar la oferta correspondiente a esa demanda distinguiendo su formación de la de otros profesionales: la manera que prevaleció fue la recomendada por el CIESPAL en 1963: independizar, al interior de la estructura universitaria, en la forma de escuelas, facultades o departamentos, los estudios de “comunicación”. La denominación institucional fue más importante que la fundamentación conceptual.

Hay, entonces, una diferencia sustancial en la institucionalización disciplinaria de los estudios de la comunicación y, por lo tanto, en la constitución del campo académico y sus búsquedas de legitimación, entre Estados Unidos y América Latina: la disciplinarización, es decir, la construcción y defensa de un territorio delimitado y relativamente cerrado para controlar los procesos de producción y reproducción de saberes académicos, en Estados Unidos fue la consecuencia de una estrategia sociopolítica soportada por la investigación empírica, aquella que Lazarsfeld llamó administrativa.¹⁶ En América Latina, de

16. No deja de ser interesante que los términos investigación administrativa y crítica se hayan convertido en la fórmula de una oposición de paradigmas para el estudio de la comunicación y, como tal, en una clave de interpretación de la crisis o “fermento” del campo en los ochenta. Esta distinción fue establecida en los años cuarenta por Paul Lazarsfeld, con el objeto de

una estrategia de adaptación y justificación sociopolítica de las instituciones universitarias, basadas en su función profesionalizante, como vehículo de movilidad social y de modernización de porciones selectas de la población. Al no darse el caso en términos similares ni a Estados Unidos ni a América Latina en la mayor parte de los países de Europa, los estudios sobre la comunicación comparten quizá los mismos problemas de legitimación social y epistemológica, pero no los de disciplinarización del campo.¹⁷

Este análisis, aquí sólo insinuado, lleva a la conclusión de que los procesos de institucionalización social y cognoscitiva del campo académico de la comunicación en América Latina, se han desarrollado manteniendo y reforzando una desarticulación múltiple, que a los problemas “importados” de Estados Unidos suma otros muy propios. El principal es confundir, como lo ha sintetizado Jesús Martín-Barbero, las condiciones de desarrollo del o los mercados profesionales, con las exigencias de un campo intelectual. La formación profesional, al extremar sus rasgos disciplinarios, se fragmenta o especializa funcionalmente, aunque deje un residuo creciente de comunicadores disfuncionales. La teoría no puede segmentarse así sin perder poder explicativo.

relacionar la investigación orientada a la construcción de sistemas “técnicamente superiores” por la llamada corriente dominante, representada por él mismo, con los aportes de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, en la persona de Theodor Adorno, a quien asignó la tarea de “explicar las cuestiones cruciales”. Ambos trabajaron juntos a finales de los años treinta en la Oficina de Investigación de Radio en Princeton, donde Adorno fue director musical y Lazarsfeld director general, antes de partir cada uno a las universidades donde realizarían sus respectivas obras mayores: el primero a Berkeley y luego de regreso a Frankfurt, mientras el segundo se dirigió a Columbia, sede del célebre *Buró* de Ciencia Social Aplicada (Rogers, 1994; Lazarsfeld, 1993).

17. “En Europa los estudios sobre la comunicación masiva tienen un soporte académico más débil. Mientras que en Estados Unidos la disciplina ha llegado a ser una parte viable de la universidad, autónoma, con sus propios departamentos, organización científica y programas doctorales, no ha ocurrido lo mismo en Europa. En los países del viejo continente, con la posible excepción de España, los departamentos de comunicación masiva normalmente están ocupados por miembros de otras facultades, departamentos de sociología o lingüística o ciencia política. El extremo en este sentido lo representa Italia: sólo hasta 1992 fueron establecidos cursos para obtener un grado en ciencias de la comunicación, y eso bajo una fuerte influencia de los departamentos de lingüística o letras. Exceptuando el Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Bologna, no existen departamentos de comunicación ni hay organizaciones científicas para los especialistas en comunicación masiva, que forman parte, principalmente, del campo académico de la sociología” (Mancini, 1993: 105).

Por otro lado, la investigación académica, con mayor o menor lucidez crítica y consistencia científica, ha podido desarrollarse a pesar de las constricciones disciplinarizantes, pues es evidente la impertinencia de aislar la comunicación del mundo en el que sucede, como si tomarla como objeto fuera sinónimo de convertirla en una cosa. Hay proyectos *inter-*, *multi-*, *trans-* y *post-*disciplinarios y una gran necesidad de debate epistemológico, ético y metodológico entre ellos, que el factor de la disciplinarización obstaculiza. Porque no habría que confundir disciplina (concepto organizacional y pedagógico) con especialidad (recorte funcional de enfoque particular) o con especificidad (atributo de una relación concreta entre un objeto y un método). El espacio idóneo, pues ni el mercado ni la industria ni la profesión pueden pensarse a sí mismos de otro modo, que queda disponible para sustanciar y referir con pertinencia este debate, es aquel en el que confluyen de manera ideal las funciones sociales irrenunciables de la universidad: el posgrado, lugar de la profesionalización avanzada.

La profesionalización del campo académico de la comunicación

La comunicación implica sistemas y prácticas socioculturales, cognoscitivas, económicas y políticas, y dimensiones psicológicas, biológicas y físicas de las que por fuerza participan sus investigadores. La construcción de objetos de conocimiento sobre ella no puede ignorar que como sujetos estamos implicados en esos objetos. Por ello el hecho de construirlos y desarrollarlos de una u otra manera afecta su propia naturaleza objetiva, la institucionaliza y, de alguna manera, la “naturaliza”. En el campo de la comunicación, la tensión esencial parece ser ontológica: su objeto es un factor constitutivo de lo humano, y al mismo tiempo un instrumento para la consecución de fines particulares, histórico-sociales determinados. Estamos hechos de comunicación, como individuos y como sociedades, pero también la usamos para afectar particularmente esta constitución. De ahí que la comunicación implique ineludibles imperativos éticos.

En el plano epistemológico esa tensión esencial se puede resolver tanto separando como buscando articular ambos aspectos del fenómeno. Las teorías de la comunicación, elaboradas en los campos del conocimiento filosófico, de las ciencias naturales o formales, de las humanidades o de las ciencias sociales, son construcciones alternativas para interpretar de manera sistemática, y *comunicar a otros o con otros*, la forma en que se relacionan en la práctica concreta las dimensiones constitutivas e instrumentales de la comunicación. Por razones ideológicas, históricamente explicables, parecen haber predominado las perspectivas instrumentales más reduccionistas en la constitución del campo académico, al centrarse la atención en los medios o en los mensajes y no en las interacciones entre sujetos o entre estos y las instituciones. Pero su eficacia explicativa, interpretativa o retórica, al operar esa reducción, genera más problemas que los que resuelve, debido a que lo que deja fuera es justo lo que resulta indispensable explicar: la constitución comunicativa de la realidad social.

El principio de la doble hermenéutica de Giddens, uno de los pilares de su teoría de la estructuración, que postula que el trabajo científico-social consiste en interpretar hechos ya interpretados con anterioridad, y que implica que los sujetos sociales son constitutivamente capaces de actuar en consonancia con sus propias interpretaciones (1984), aporta un modelo útil para identificar que la especificidad de la comunicación, formulada como mediación significativa de la constante dialéctica entre los sujetos en interacción y las estructuras y sistemas sociales, no puede aislarse teórica o metodológicamente de las mediaciones del poder y de la “sanción” moral, que confluyen en la estructuración de los sistemas sociales a través de la institucionalización discursiva, político-económica y legal (1984: 31). Sería objeto de otra revisión la manera en que autores como el británico John B. Thompson (1995) y el danés Klaus Bruhn Jensen (1995) sistematizan teóricamente, con articulaciones diferentes en cada caso, las derivaciones de este esquema para la práctica de la investigación sociocultural de la comunicación y los medios en la sociedad contemporánea.

Para la teoría de la estructuración, la *agencia* es la capacidad del actor social “para reinterpretar y movilizar un repertorio de recursos en términos de esquemas culturales distintos a los que constituyeron originalmente el repertorio”

(Sewell, 1992: 19), pues los recursos nunca están distribuidos de manera homogénea entre los sujetos sociales (individuales o colectivos). “Ser un agente significa ser capaz de ejercer algún grado de control sobre las relaciones sociales en que uno está inmiscuido, lo que a su vez implica la capacidad de transformar esas relaciones sociales en alguna medida” (Sewell, 1992: 20).

Este principio, que por supuesto tendría que desarrollarse mucho más, y relacionarse teóricamente con el *habitus* por ejemplo, es la base de la propuesta final de esta exposición: es mediante la formación de agentes académicos competentes para *producir socialmente sentido sobre la producción social de sentido*, que el campo académico de la comunicación puede no sólo reorientarse para avanzar en su legitimación, para ganar mayor autonomía y poder, sino para generar explicaciones más plausibles y orientadoras de las transformaciones en curso en el mundo, del papel que los sistemas y prácticas de comunicación tienen en ellas, y basar su legitimación en esta competencia académica, más que en su competitividad institucional.

Esta tarea educativa, científica y política, que articula las funciones sociales sustantivas de la universidad: la docencia, la investigación y la extensión, con los imperativos funcionales de reforzar la profesionalización pero también la crítica en todos los campos del saber y en todos sus niveles, tiene en el nivel del posgrado un espacio privilegiado y en el campo de la comunicación una responsabilidad estratégica, debido más que a su propio desarrollo a la extensión que ha adquirido su objeto, y que no es ni puede ser sólo de él. La comprensión de la comunicación contemporánea no puede ser tarea exclusiva de nadie, pues no puede producirse sin el aporte de los saberes de otros. Lo que puede ayudar más a clarificar las condiciones de la legitimación epistemológica de los estudios de la comunicación no es su cerrazón, sino su apertura: su capacidad de interacción crítica y de complementación racional en la construcción de un conocimiento sólido y comprensivo que articule perspectivas diversas sobre un aspecto de la realidad que, por definición, es múltiple.

Cuando se afirma que el campo tiene ciertas características o puede emprender ciertas tareas, no es que se extrapole la objetivación social que le confieren las luchas intersubjetivas que lo constituyen a la creencia en que el campo sea un ente racional, con voluntad propia, que pueda orientar su acción en algún

sentido. Ni la ciencia, la academia, el mercado, el estado, la sociedad o el campo tienen más capacidad reflexiva y práctica que la que le asignan sus agentes o la correlación de fuerzas entre sus agentes. De ahí la propuesta de centrar los esfuerzos en la profesionalización avanzada, en la formación de agentes académicos en los posgrados, con capacidad de influir de manera crítica en la definición de los términos más pertinentes para que la lucha por la identidad y la monopolización del saber legítimo, por la acumulación, reproducción y, sobre todo, la *redistribución social* de los saberes sobre la comunicación, adquiera un carácter más científico.

Pensar, entonces, nuestro tiempo y situar en él un proyecto formativo para los comunicadores universitarios, es un reto que exige en primer término la recuperación práctica y crítica de la universidad como instancia social para la educación superior, una institución capaz de actuar al mismo tiempo como agente político y como espacio reflexivo donde sea posible la formación de ciudadanos-profesionales que incidan en la transformación estructural de la sociedad. Aquí es donde se puede formular la cuestión educativa central: ¿qué características y condiciones tienen los proyectos sociales subyacentes en la formación de comunicadores universitarios?, ¿qué tipo de transformaciones sociales proponen como objetivos y cómo se prefiguran y conforman las competencias indispensables para poner esos objetivos en práctica?, ¿qué representaciones y qué formas de ejercicio democrático mediado por la comunicación están presentes en la formación de los comunicadores universitarios?

Es necesario reconsiderar el carácter de las universidades como instituciones sociales y partir del hecho de que además, y muchas veces por encima, de su papel como productoras y reproductoras del conocimiento, cumplen también otras funciones sociopolíticas, más aún en países como los latinoamericanos, donde el acceso a la universidad está severamente marcado por la desigualdad y donde la producción y reproducción del conocimiento manifiestan una creciente dependencia. En términos de su ubicación social, las universidades son por definición agentes políticos y desde esa condición es que realizan sus funciones sustantivas.

La formación universitaria es entonces, antes que nada, una práctica social institucionalizada en la que las estructuras de significación, poder y legitima-

ción (Giddens, 1984) son analizadas y dispuestas para su reproducción o reestructuración en función de ciertos proyectos, pero también y sobre todo, en el marco de ciertas normas y mediante el empleo de ciertos recursos. Por una parte, como institución social, la universidad cuenta con un margen relativo de autonomía para establecer sus normas internas y requiere del acopio y empleo de recursos de muchos tipos, el más específico de los cuales es el de los saberes académicos y científicos, un tipo especial de recurso simbólico. Pero por otra parte, la universidad no puede ignorar las condiciones de su inserción social y la de los sujetos que actualizan en ese contexto las funciones sustantivas de la educación superior. Las universidades existen dentro de —y no frente a— las sociedades concretas, independientemente de cuál sea su régimen y de cómo lo asuman en la práctica.

En los tiempos más recientes se ha impuesto en el ámbito educativo la figura de las “competencias” como organizadora de la planeación y evaluación de los programas formativos. Si bien no se ha establecido un acuerdo mínimo sobre el sistema de competencias que definiría a un comunicador, o siquiera a un universitario en general, y por lo tanto prevalece la confusión semántica en la mayor parte de las discusiones internacionales al respecto, pueden reconocerse algunos rasgos que el análisis de las experiencias recuperadas de manera crítica, hace ver como pertinentes.

Sobre esa línea, en otros momentos (Fuentes Navarro, 1991b; 2000b) he propuesto la institucionalización del cultivo de al menos cuatro competencias operativas específicas de cada individuo para interpretar su entorno y dirigir la acción sobre él.¹⁸ Estas competencias están socialmente determinadas y por lo tanto son el objeto de transformación de las prácticas educativas universitarias en el campo de la comunicación. De ahí que las cuatro capacidades o competencias anotadas como centrales para la formación universitaria de los profesionales de la comunicación, exijan a su vez su empleo como recursos reflexivos en

18. Si bien este planteamiento ha sido desarrollado pensando en la formación de estudiantes de licenciatura como profesionales de la comunicación, se considera también pertinente para la formación en el nivel de posgrado, en especial de maestría, nivel que supone el desarrollo prioritario de las capacidades reflexivas en profesionales en ejercicio, para reinsertarse en las propias prácticas o para impulsarlas desde la docencia universitaria.

la propia enseñanza: dominar el lenguaje para ubicarse en el entorno sociocultural; controlar la información, sus códigos y canales de producción y circulación social; relacionar los medios con los fines, en una perspectiva ética, y operar educativamente la comunicación, como mediación constitutiva de un proyecto social en y mediante la producción social de sentido.

Desde esta perspectiva, que supone a la educación superior como una práctica sociocultural orientada hacia la formación de agentes socioculturales, y por lo tanto como una práctica de comunicación que tiene como referentes a otras prácticas de comunicación, se hace indispensable no sólo la discusión sino la apropiación y el ejercicio de un concepto de comunicación centrado en la producción intersubjetiva, es decir social, del sentido, y no en los medios o en la trasmisión de mensajes. Las competencias comunicativas estarían así definidas en función de la capacidad, individual y colectiva, de incidir en la transformación de las estructuras de significación, poder y legitimidad, mediante recursos comunicativos: la interacción interpretativa y la coordinación de la acción entre sujetos competentes, antes que en el dominio de operaciones técnicas, que por supuesto debe también ser integrado.

En ese sentido, el dominio del lenguaje y el control de la información, sus códigos y canales de producción y circulación social, son condiciones necesarias pero no suficientes en la formación de los comunicadores universitarios. Las habilidades para leer, escribir, hablar y escuchar con precisión, rigor, respeto y eficacia, son absolutamente indispensables, así como lo es la capacidad de dar forma, de analizar y sintetizar los datos pertinentes para ubicar e interpretar de manera adecuada los cambios en el entorno. Pero ni en el dominio del lenguaje ni en el control de la información se encuentran los factores constitutivos de la comunicación entendida como producción social de sentido. Ambas dimensiones prescinden de la interacción entre sujetos, aunque suponen el recurso a la cultura socialmente compartida e incorporada, y pueden dar cuenta de la comunicación como trasmisión, o incluso intercambio, de mensajes. Desde la perspectiva sociocultural, estas dos dimensiones deben ser complementadas con otras dos: la dimensión ética, que integra de forma ineludible al sujeto en la práctica, resaltando su capacidad para valorar y decidir *en situación* entre interpretaciones e interacciones alternativas, y la dimensión que bien puede lla-

marse educativa, es decir aquella que reconoce en los interlocutores no sólo la competencia para producir sentido sino la capacidad de los sujetos para apropiarse de los esquemas sobre los que se establece la propia interacción.

En el ámbito universitario, y en los modelos de ejercicio profesional y social de la comunicación que se prefiguran como “contenido” de la formación propuesta, son estas dos dimensiones las que permiten orientar a las competencias comunicativas y a las prácticas en que se ejercitan socialmente, en términos de un determinado proyecto social, en el cual la comunicación quede enmarcada, tanto como principio de interacción como en cuanto forma o modalidad de construcción y reconstrucción permanente de las estructuras de significación, poder y legitimación.

De ahí la importancia de reconocer teóricamente, y de articular metodológicamente, el doble carácter de la comunicación como producción social de sentido: en tanto esquema de mediación de las interacciones significativas entre sujetos, esta opera como el factor constitutivo de la socialidad, y como tal de la identidad de los sujetos, y al mismo tiempo puede servir instrumentalmente para la consecución de los fines de los sujetos, que nunca son separables de sus posiciones relativas en la estructura social. Más allá del concepto de acción comunicativa de Habermas (1989), que cifra en el lenguaje la clave de la construcción del consenso, esta noción de la estructuración comunicativa da lugar a la consideración de las desigualdades y al ejercicio del poder implícito en la comunicación entre interlocutores que no persiguen por fuerza el acuerdo como objetivo o finalidad de la comunicación. Hace ya muchos años que Ernst Cassirer planteó la idea de que “un sujeto no se hace cognoscible o comprensible para el otro porque pasa a éste, sino porque establece con él una relación activa [...] el comunicarse requiere una comunidad en determinados procesos, no la mera igualdad de los productos” (1951: 163).

La comunicación es, entonces, una forma de compartir socialmente los procesos de significación o interpretación de los referentes del entorno, y los procesos de información u objetivación de la probabilidad de lo que acontece en ese mismo entorno, tanto natural como cultural. En la interacción comunicativa lo que se construye en común no es sólo el significado o la información de referencia sino el sentido de la conjunción de ambos en la interacción

social. Si el significado es un producto de la subjetividad y la información una objetividad, como lo han propuesto las disciplinas fundantes de la semiótica y la cibernética, la comunicación es un producto al mismo tiempo que la condición de la intersubjetividad, una práctica sociocultural constitutiva de lo humano y un instrumento, por lo tanto, susceptible de ser usado “manipuladora” o “participativamente” (Williams, 2000:75) según la situación o contexto en que se establezca, la competencia y los fines de los interlocutores y el diferencial de poder entre ellos.

En un contexto educativo, como el que puede establecerse en las universidades, el reconocimiento teórico y el ejercicio práctico de una concepción de la comunicación como esta, pueden realizarse reflexivamente, es decir, refiriendo la propia práctica al modelo y viceversa, en un esfuerzo compartido por los sujetos para enseñar y aprender la comunicación en la comunicación, o en otros términos, para *producir socialmente sentido sobre la producción social de sentido*.